

Daniele Del Giudice

Horizonte móvil

Una expedición literaria
a la Antártida



*«Horizonte móvil es
un hito singular.»*
Claudio Magris

Gracias por comprar este ebook. Esperamos que disfrute de la lectura.

Queremos invitarle a suscribirse a la newsletter de Ático de los Libros. Recibirá información sobre ofertas, promociones exclusivas y será el primero en conocer nuestras novedades. Tan solo tiene que clicar en este botón.

CONTENIDOS

Portada

Newsletter

Página de créditos

Sobre este libro

1. Introducción
 2. Base Amundsen-Scott, 2007
 3. Santiago de Chile, 1990
 4. Expedición De Gerlache
 5. Punta Arenas, 1990
 6. Expedición Bove
 7. Punta Arenas, 1990
 8. Expedición Bove
 9. Punta Arenas, 1990
 10. Expedición Bove
 11. Punta Arenas, 1990
 12. Expedición De Gerlache
 13. Bahía Almirantazgo, 1990
 14. Expedición De Gerlache
 15. Isla Decepción, 1990
 16. Expedición De Gerlache
 17. Bahía Maxwell, 1990
- Nota del autor

Notas

Sobre el autor

HORIZONTE MÓVIL

Daniele Del Giudice

Traducción de Elena Rodríguez



HORIZONTE MÓVIL

V.1: agosto de 2016

Título original: *Orizzonte mobile*

© Daniele Del Giudice, 2009

© de la traducción, Elena Rodríguez, 2016

© de esta edición, Futurbox Project, S. L., 2016

Todos los derechos reservados.

Diseño de cubierta: Taller de los Libros

Publicado por Ático de los Libros

C/ Mallorca, 303, 2º 1ª

08037 Barcelona

info@aticodeloslibros.com

www.aticodeloslibros.com

ISBN: 978-84-16222-42-1

IBIC: WTLP - 1MTS

Conversión a ebook: Taller de los Libros

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser efectuada con la autorización de los titulares, con excepción prevista por la ley.

Cofinanciado por el programa Europa Creativa de la Unión Europea.



El presente proyecto ha sido financiado con el apoyo de la Comisión Europea. Esta publicación (comunicación) es responsabilidad exclusiva de su autor. La Comisión no es responsable del uso que pueda hacerse de la información aquí difundida.

Horizonte móvil

Una expedición literaria a la Antártida galardonada con el
Premio de Literatura de la Unión Europea

Mientras narra su propia expedición a la Antártida, Daniele Del Giudice recrea las asombrosas expediciones del siglo XIX y principios del XX que se adentraron por primera vez en el continente blanco para desentrañar sus secretos.

Desconocidas para la mayoría de los lectores, estas expediciones incluyen naufragios, barcos atrapados durante meses entre el hielo, tripulaciones indómitas y marineros al borde de la desesperación o la locura: son los relatos de aventuras que establecieron los mitos de esa tierra desconocida que es la Antártida.

Con un estilo que navega entre la experiencia personal y la literatura, el autor nos ofrece un horizonte móvil en el espacio y en el tiempo, pero que despierta sentimientos estables y duraderos, un viaje fuera del tiempo en un paisaje hipnótico y de belleza sublime, pero implacable e indiferente al hombre.

«*Horizonte móvil* un hito singular.»
Claudio Magris

«Este libro ha despertado en mí admiración y entusiasmo,
además de amor y gratitud.»

Giuseppe Genna, escritor

«Una escritura intensa, aguda, precisa y, al mismo tiempo
fluida, ininterrumpida, envolvente.»

La Repubblica

«Sus frases bien estructuradas, la elección perfecta para cada
coma. Solo puedo decir: ¡Del Giudice todavía conserva
su clase!»

Vanity Fair

«La escritura de Del Giudice es precisa, limpia y rica en ad-
jetivos y descripciones detalladas.»

Barbara Gozzi

«Las frases de Del Giudice son heladas y cargadas de vien-
to, muta los paisajes en pasajes, encandila, concita nostal-
gias que dejan rendido.»

Chiara Valerio

1

Querrías gritar inmediatamente tu historia. Querrías decir «A veces crees que cometes todos los errores pasados y futuros», o bien «Cada hombre lleva en su interior una habitación», o «Si pudiera comprender cómo ha acabado así», pendiendo de un hilo, un huso. Pero si es cierto que cada hombre lleva en su interior una habitación, la tuya está completamente desordenada y en la cómoda se amontonan viejas fotografías. Pensarías «Es imposible recordarlo todo», invocarías la distracción porque es lo único que escapa al dolor. Y mientras tanto, en el armario de la cocina hay una caja que contiene un huevo de pingüino, agujereado y sin clara ni yema, traído del sur más profundo, el más profundo y radical de los sures, del sur más gélido.

O tal vez está a punto de salir tu número. Alguien dice «¿Sabes? Mi número está a punto de salir, lo percibo, lo sé, han salido los números de todos a los que conocía», y cada uno, al ver la bolita detenerse en el número, ni siquiera ha esperado a que el crupier lo anunciase en voz alta, se ha levantado y se ha encaminado hacia la puerta, con su número escrito en los hombros, igual que un atleta al final de una carrera, uno de esos que no solo no llega el primero sino que abandona antes del final.

Bien, querrías gritar inmediatamente un grumo de dolor, o de alegría, de esos que no se articulan en palabras ordenadas, sino con todas a la vez, que explotan como lo hace una estrella, y hay un silencio atónito y glacial. ¿Y dónde está la calma entonces, dónde está tu calma, dónde está el gobierno, donde la melancolía compuesta del indescifrable

capitán, ligeramente distraído, ligeramente callado, el que mueve los hilos, un hombre en la cuerda floja que él mismo ha tendido?

Hay trescientos sesenta hilos, pero veinticuatro son más importantes que los demás, doce hacia la derecha y otros doce hacia la izquierda. Y a partir de aquí podría empezar, pero empezar significa decidir un antes y un después, establecer un orden, aislar del flujo, romper la simultaneidad, salir de la coexistencia, hacer como si solo existiera una frase a la vez, una imagen a la vez, un pensamiento o un recuerdo o una historia a la vez, uno y luego otro y luego otro, y no todo a la vez. Haz un esfuerzo por quedarte en este desorden, por abrazarlo, pero no siempre es fácil y no siempre es posible, no siempre lo consigo. En este instante, en este preciso instante, podría ser el hombre que controla los relojes del turno de noche, un viejo señor encerrado en el observatorio de Greenwich, donde ha pasado gran parte de las noches de su vida, en una noche como cualquier otra, no un guardián del faro sino un guardián del tiempo, ya que aquí dentro no hay una linterna que gira, solo giran los mecanismos de los relojes, veinticuatro relojes puestos en fila, cada uno escalonado una hora, una hora más hacia el este, donde el sol sale, una hora menos hacia el oeste, donde el sol se pone. Cada reloj en un huso, cada huso en un hilo. Las historias se filtran en los husos, se filtran hasta ti que, mientras tanto, has llegado al sur para mirarlas desde abajo.

Por su naturaleza, la Historia no es más que escritura en una forma distinta.

2

*Base Amundsen-Scott, 90° 00' sur y 139° 16' oeste,
primera semana del verano austral de 2007.*

En el hechizante halo verde que es la luz que aquí conforma la noche, pequeñas bandadas de pingüinos adalida pasan rápidamente. Van en dirección opuesta al mar. Viajan hacia el sur con una prisa desesperada y las aletas natatorias levantadas; el pico sobresale hacia delante, patitas aquí y allá, se equilibran con la cola como un trípode. Su aspecto concentrado y preocupado se me antoja terriblemente cómico y parece decir «Llego tarde, llego tarde a una cita muy importante», como en el libro de Alicia, o simplemente «No podemos detenernos ahora, hay demasiadas cosas que hacer». Los he seguido con la mirada hasta que se han convertido en puntitos temblorosos en la superficie blanca. Después, sin motivo aparente, han trazado una amplia curva y, sin dejar de jadear, han vuelto hacia atrás. Los primeros en llegar aquí se han dejado caer sobre la barriga, deslizándose como si se lanzaran por un tobogán hasta detenerse. Han cerrado los ojos celestes y se han dormido. De la creación también forman parte estos seres cuya naturaleza es el estupor —la confianza en que el orden de las cosas nunca se verá alterado, un razonamiento perfectamente lógico porque es del todo abstracto— y una curiosidad nata. Están, por tanto, expuestos a los peores contratiempos. Fue una decisión oportuna del buen Dios instalarlos aquí abajo, en la Antártida, ya que en nuestra latitud se habrían

hecho con el poder en nombre de las fuerzas del bien o de la hilaridad, o habrían sido exterminados. Pero ya sabía que los pingüinos eran animales cargados de preocupaciones.

Llegué con una expedición de biología marina de la que forma parte Jeremy Miller, un galés de Cardiff que trabaja con los gentú, los pingüinos más altos de los de talla pequeña. Los pingüinos gentú sopesan cada paso antes de dar un saltito de una piedra a otra. Examinan intensamente la siguiente piedra: si está pulida o es rugosa, si está seca o húmeda, si tiene musgo o no. Y cuando la aproximación se ha valorado al detalle, se recogen con una expresión final de «¡Qué será de mí!», abren las natatorias y realizan el salto, de pocos centímetros. Aterrizan ligeramente desequilibrados, sorprendidos por seguir en pie. Hace muchos años, en mi primer viaje a la Antártida, vine acompañando a otra expedición que trabajaba con los pingüinos adalaida, verdaderos acróbatas si los comparamos con estos: salían disparados del agua como un cohete, perfectamente erguidos, y aterrizaban en la banquisa un par de metros más arriba. No siempre lo conseguían, alguna vez chocaban contra la pared blanca y, tiesos, volvían a caer al agua, de cuya superficie asomaban de nuevo sin perder la compostura, y aleteaban y volvían a saltar y a caer y lo intentaban de nuevo, hasta que lo lograban.

Los pingüinos están por todas partes, no hace falta buscarlos. Jeremy y yo los vemos en los desplazamientos de una base a otra, mientras caminamos, cada uno sumido en sus preocupaciones: la meteorología, la dirección que hay que seguir. Una mañana apareció a lo lejos una colonia enorme de pingüinos y alguna de las aves estaba sola, apartada. Encontramos dos adultos y uno más pequeño en la orilla del mar. Se intercambiaron una serie de saludos y elogios hasta que los dos adultos se lanzaron al agua y desaparecieron. De entre todas las expresiones que los pingüinos son capaces de adoptar, la de desolación es irresistible, ya que es una desolación sin remedio. El animal pequeño, el polluelo que se había quedado solo, empezó a gritar

mientras caminaba hacia la orilla, mirando en todas direcciones. Los pingüinos ven mejor en el agua, ya que poseen un segundo párpado transparente que desciende cuando lo necesitan, una especie de lentilla natural que los protege del agua salada y corrige su hipermetropía. Yo veía perfectamente a los padres, tiosos en la orilla unos cien metros más adelante, y trataba de señalar al polluelo la dirección correcta, pero él tropezaba con las piedras sin prestarme atención, con ese aire jadeante de *llego tarde, llego tarde*, hasta que se convenció de que sus padres se habían marchado mar adentro y lo habían dejado allí. Solo entonces se giró hacia el agua y, presa del desánimo y del disgusto, se tiró. Ahora ya sabía de qué se trataba. La escena familiar que había presenciado era un momento fundamental del crecimiento, cuando el pingüino joven se ve obligado a conseguir por su cuenta el kril y el plancton del mar con los que se nutre, que hasta entonces se le ofrecen como papilla regurgitada directamente desde el pico de los padres. Me di cuenta de que estaba antropomorfizando los pingüinos, cosa que me había prometido no hacer, y hablé de ello con Jeremy porque era mejor atenerse a las abundantes explicaciones sobre el comportamiento de los pingüinos de diversas especies que las expediciones de biólogos observaban y catalogaban. El problema de las historias de pingüinos es que se narran desde un único punto de vista, el humano. A su fantasía y curiosidad, inagotables, superponemos lo que nos pertenece a nosotros, cambiando así el sentido.

Cabe la posibilidad de que también los pingüinos se vean impulsados a pingüinomorfizar a los humanos y, de hecho, sucedió algunas semanas más tarde, cuando en una travesía a pie, mientras acompañaba a una misión internacional de diez biólogos, nos encontramos con una caravana de emperadores, la especie más grande. Los pingüinos iban en fila; los humanos íbamos en fila. Dos comunidades igualmente en marcha, los pingüinos desde el interior hacia la costa para conseguir alimento; nosotros, desde la costa

hacia el interior para alcanzar las regiones más frías habitadas por los emperadores. Ellos, nosotros, vivíamos la misma soledad en un océano de hielo y nieve, y compartíamos las mismas preocupaciones. Llegados a una distancia respetuosa, el jefe de los pingüinos emperador, un individuo voluminoso e importante de su especie, alargó el cuello hacia nosotros en una reverencia profunda y con el pico contra el pecho borboteó un largo discurso. Cuando acabó de hablar a su manera, desde esa postura de reverencia clavó los ojos en Jacques, el jefe de la misión, para ver si lo había comprendido. Ni Jacques, el etólogo más experto, ni nadie podría entender ese discurso. Entonces, el pingüino repitió el largo borboteo con la cabeza agachada, sin impacientarse. Los que sí perdían la paciencia eran los pingüinos que había tras él, que empezaban a sorprenderse de que su líder hubiera montado tal enredo. Otro de ellos avanzó y apartó a su predecesor. Con la misma reverencia y la misma mirada en alto, ofreció un nuevo discurso que resultó igual de incomprensible para nosotros.

Pero la gran pasión de los pingüinos eran los perros. Si los descubrían en una base antártica, iban a verlos, solo a ellos, y se olvidaban de los hombres. Hacían muchas reverencias y pronunciaban largos discursos, mientras los perros seguían ladrando y se erguían sobre las patas traseras. Al final, alguno acababa soltándose de la cadena y se producía una masacre. Los pingüinos observaban a sus compañeros muertos con estupor, y con la expresión de «No me importa lo que me vaya a pasar a mí» intentaban hablar de nuevo con los perros. Afortunadamente los hombres intervenían para salvarlos. Por lo demás, estas aves tienen una idea especial de la presencia y de la ausencia, tal y como constaté un día con un experimento involuntario. Mientras uno de ellos volvía al agua para dirigirse a su lugar en la colonia, me encontré en su trayectoria. Al principio me miró sorprendido, luego intentó atravesarme como si yo no existiera. Avanzaba, chocaba contra mis piernas, retrocedía. Poco después, empezó a golpearme con las aletas natatorias. Me

entraban ganas de reír, pero los golpes eran rapidísimos y dolían. Como no me movía, dio una vuelta completa a la colonia; yo, a la vez, caminé para esperarlo en el lado opuesto. Cuando llegó y me vio allí mostró una expresión de absoluta incredulidad. Su razonamiento era irreprochable: había dado la vuelta entera, así que yo tendría que haber desaparecido, no podía estar ahí todavía. Una vuelta entera implica que las cosas cambien, si no, ¿de qué vale?

A fuerza de observarlos he llegado a la conclusión de que el secreto de los pingüinos reside en que son a la vez impecables y torpes. Estos animales dotados de gracia y autoironía, virtud que atribuimos a las especies más evolucionadas, son, en realidad, grandes inconclusos. No han logrado convertirse en peces, dado que el agua no es su elemento definitivo; y aunque son aves, ya no vuelan, y como bípedos son lentos e inquietos. Se quedaron atascados en esta ambigüedad en eras muy antiguas y desde entonces ya no han cambiado más. Pero en el hielo, en el viento rugidor, con los pingüinos acabas perdiendo la cabeza. Sobre todo en invierno, en las noches perennes, noche de noche y noche de día, oscuridad total, esa oscuridad constante que desquicia la mente, destruye el sueño y en la que es inútil mirar el reloj porque siempre es la hora de la oscuridad.

Y en una de aquellas noches que no es noche en la colonia del cabo Crozier, a $-60\text{ }^{\circ}\text{C}$, en plena oscuridad polar, cinco o seis fuimos a ver la empolladura de los pingüinos emperador. Curiosamente, son los machos los que llevan a cabo la empolladura, no las hembras. Para coger los huevos había que levantar de lado a los animales, que intentaban retenerlos deslizándose por el hielo con los pies juntos. Había tormenta y no se veía casi nada. Jeremy apartó a un pingüino, alargó la mano y notó una cosa ovalada y fría. Era un huevo, sí, pero de hielo. Perfectamente modelado. El pingüino había perdido su huevo, se avergonzaba, así que se fabricó uno de mentira. Jeremy y el pingüino se miraron, el humano estaba devastado, el animal parecía mortificado,